

## Navidad cristiana:

# Escándalo o Evangelio

### LA NAVIDAD, UN MISTERIO AL QUE DIOS NOS LLAMA A PARTICIPAR

Los cristianos celebramos la Navidad ante todo como un memorial: recordamos el nacimiento de Jesús con toda la alegría de que es capaz nuestro corazón porque en ese acontecimiento comenzó a tomar cuerpo la alianza eterna de Dios con la humanidad. Tenemos esperanza porque el Hijo de Dios es ya para siempre también el Hijo de hombre. En Jesús no sólo se hizo presente Dios-con-nosotros sino que ese estar con nosotros tomó la forma precisa de ser uno de nosotros, que es mucho más que ser uno como nosotros. Jesús es de nuestra especie, de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra historia. Es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. Si todos los seres humanos estamos vertidos unos en otros, Jesús no se puede salvar si no se salva la especie. Si además Jesús acepta cordialmente y actúa solidariamente esta respectividad, eso significa que él tampoco quiere salvarse sino en la salvación universal. En esto estriba nuestra esperanza.

Pero para nosotros la Navidad es más que una conmemoración: es una invitación a adentrarnos en este misterio. Porque ¿de qué nos aprovecharía el nacimiento de Jesús en Belén, si no nace también en nuestros corazones? No es humana una salvación que no acontezca en el interior de cada ser humano. Dios quiere que el don que él nos envía desde el cielo nazca también como fruto de nuestra tierra. Jesús no nació como Adán, salido adulto de las manos de Dios. Fue concebido por el poder del Espíritu Santo; pero nació en las entrañas de María; y antes, en su corazón creyente. Jesús es hijo de Dios; pero también lo es de María. Así ha de acontecer para cada uno la salvación: se trata siempre de la salvación de Jesús; pero debe ser acogida en cada corazón, crecer en él y salir de él como fruto suyo.

Y a través de los seres humanos, de sus relaciones, acontece la salvación de Dios en las familias, en las amistades, los vecindarios, las comunidades y grupos, los ambientes, las sociedades, las culturas, el mundo entero y toda la creación.

¿Y cómo nace Jesús en los corazones y los ambientes? Como nació en Belén. «Jesucristo, ayer, hoy y siempre». El Jesús resucitado que está hoy como Señor en la casa de Dios, no es otro que Jesús de Nazaret. Por eso se hace presente a nuestro mundo, por la fe, como se hizo presente hace casi dos mil años. ¿Y cómo se hizo presente entonces? No existe una película que recoja lo que pasó; y si existiera, igual necesitaría una interpretación para llegar a captar el misterio de ese nacimiento. Para nosotros los evangelios son esa interpretación fidedigna. Ellos se escribieron para que creámos. Y

nosotros podemos creer con seguridad porque ellos nos transmiten el sentido verdadero de la historia de Jesús, el sentido que Dios dio a su existencia concreta.

Por eso estos relatos de la infancia de Jesús que aparecen en los evangelios de Mateo y Lucas y en nuestro caso el del nacimiento que nos cuenta Lucas, son para el que cree el verdadero sentido de lo que pasó. No tiene importancia preguntar si se corresponden o no con la película que se hubiera podido tomar de esos hechos. Los evangelistas nos transmiten lo que tiene relevancia para nuestra salvación. Y eso que nos cuentan es la verdad de lo que sucedió, la verdad de Dios.

### UN MESIAS POBRE QUE TRAE LA PAZ A LOS POBRES Y EN ELLOS A TODOS

Pues bien, lo que nos narra el Evangelio es que Jesús al nacer fue acostado en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. Aunque haya aglomeraciones, siempre hay lugar para una persona rica. Y entre conocidos, aunque sean pobres, siempre se hace espacio para el que viene. «No lo recibieron» porque eran pobres y sin relaciones. Este dato queda reafirmado cuando a los cuarenta días sus padres ofrecen en el templo la ofrenda de los pobres: un par de pichones.

Esta anotación tan extremosa, el que al nacer fue reclinado en un pesebre, asume enseguida en el Evangelio la condición de signo mesiánico: ésa será precisamente la contraseña que el ángel da a los pastores del Salvador recién nacido. Y lo insólito del episodio es que los pastores dan fe a esa señal tan paradójica y se alegran al reconocerla.

Así pues en el episodio del nacimiento Jesús aparece como un Mesías pobre para los pobres.

Los bienes mesiánicos que trae el Salvador y que causarán alegría para todo el pueblo están sintetizados en el concepto de paz. Así lo proclaman los ángeles: «paz a los hombres que ama el Señor». Este anuncio es francamente polémico. El episodio se abre situándolo políticamente: «en tiempos del emperador Augusto». Para los lectores del Evangelio el nombre del emperador estaba asociado a la paz. Aún se conserva el altar de la Paz erigido por él en Roma y se han hallado miles de estatuas del emperador ataviado de sumo pontífice ofreciendo ese don divino que él alcanzó. Por eso, el nombre de Augusto que dieron a Octavio y que expresa su apoteosis: su elevación a la esfera de los dioses.

Según la ideología oficial no haría falta que nadie trajera la paz: el mundo entero gozaba la paz de Augusto. ¿O es que se pretendía decir que esa no era una paz verdadera? Exactamente. Frente a la paz oficial del vencedor del mundo, Dios propone su propia paz. El censo expresa el

sentido de la paz de Augusto. El número de los sometidos es el tamaño de la grandeza del dueño y a la vez la fuente de su riqueza: los tributos, al contrario de los impuestos de la sociedad moderna, los pagan los no ciudadanos. Desde el reverso de la historia Dios proclama la paz a los sometidos y en ellos a todos los demás, porque no se trata de una simple vuelta a la tortilla. Pero aunque el bien será para todos, empezará por los de abajo. Por eso: «felices los sometidos porque ellos poseerán en herencia la tierra». La tierra ya no será un botín sino la heredad de los hijos de Dios, que son en primer lugar los despojados y en definitiva todos los seres humanos. Por eso: «felices ustedes los pobres porque de ustedes es el Reino de los cielos».

### LA SALVACION DE LOS POBRES, TAREA DE TODOS LOS POBRES, SUJETOS DE LA SALVACION

Si el Jesús de hoy no es otro que Jesús de Nazaret, el misterio salvador que en él se hace hoy presente mantiene la misma estructura que cuando entró por primera vez al mundo. No podemos adentrarnos hoy en este misterio si no mantenemos la correlación del seguimiento: Jesús es a su época como nosotros a la nuestra.

También en nuestra época se proclama una era de paz: la caída del Este significa la mundialización del Occidente y consagra su triunfo sobre toda la tierra. Los medios masivos de propaganda y los intelectuales del nuevo imperio cantan las loas al mercado unificado, las potencias son los custodios armados de este orden sagrado y las transnacionales son los sacerdotes que consagran a todos los pueblos a esta divinidad y propagan a cambio sus bienes saludables. Por una parte se ensalza la racionalidad superior de este orden mundial y sus ventajas para todos; pero por otra se advierte de su absoluta inexorabilidad. Le conviene, se le dice a cada pueblo y a cada persona; pero es que además no le queda otra salida. Por las buenas o por las malas.

Los herodianos de nuestro país, para seguir disfrutando al precio que sea de las rentas, aceptan esta propuesta, convencidos y obsecuentes, y se aprestan a traspasar a los nuevos amos lo último que le queda al país de soberanía y de riqueza. Hoy no hay fariseos, líderes populares nacionalistas; ni menos, zelotas, fundamentalistas que al ver la incompatibilidad entre la soberanía de Dios y el emperador, creían deber religioso combatir por el terrorismo y las armas al imperio y a los colaboracionistas.

Para el pueblo es claro como la luz del sol que esta paz no es otra que la de los cementerios. Para ellos este es un orden de desventaja constante, de desprotección, de desamparo, de desprecio, de tremenda carestía, de falta de trabajo, de represión, de enfermedades de pobres, en fin, de muerte.

Desde el punto de vista de Dios el mal del pueblo lo invalida todo: esto no es un orden social sino una perversión. Los auxilios a los bancos y los mecanismos tipo cero cupón, que han envilecido el dinero de un

modo tan galopante, son para Dios una terrible afrenta. En los dilemas se ponen al descubierto las verdaderas prioridades. En las soluciones que se aplicaron y se siguen aplicando, el pueblo es el sacrificado para que siga en pie este desorden que se arroja con el nombre de nación.

En esta situación el misterio de Navidad nos advierte que desde el punto de vista del Dios que se revela en Jesús la salvación empieza por el bien de los de abajo y el salvador viene también de abajo. Es decir que la salvación del pueblo no será un efecto indirecto de la salvación del conjunto, que no es tal sino de la minoría. La salvación de los de abajo sí que es en grandísima medida la salvación del conjunto. Por eso no puede ser objeto de medidas complementarias o compensatorias. Debe ser emprendida de frente y ocupar el lugar central.

Pero es que además la salvación de los de abajo no puede considerarse sólo como un objetivo de los de arriba. No hay salvación para los de abajo y para todos hasta tanto los de abajo no sean considerados por los de arriba y por ellos mismos como verdaderos sujetos de su propia superación.

Sin este primordial acto de fe no cabe salvación para el país. El pecado, es decir la deshumanización que entraña el hecho de no creer en los de abajo, envenena todo lo que se haga y condena al fracaso cualquier intento de salvación. Este acto de fe es el principio y fundamento de todo. En rigor no se puede creer en el Dios cristiano si no se cree también en los pobres, sus predilectos. Sólo a partir del horizonte que instaura este acto de fe pueden rastrearse caminos que lleven realmente a la paz. A la paz de Dios. A una paz en la que nos encontremos reconciliados el lobo y el cordero, el opresor y la víctima, despojados ambos de esas connotaciones y hermanados en una empresa común.

Este acto de fe que nos constituye en personas humanas y que verifica nuestra fe en Dios es el modo de celebrar la Navidad que él nos pide. No es tarea fácil sino francamente a contrapelo. Por eso ya en su tiempo advirtió Jesús y nos advierte ahora: «¡Dichoso quien no se escandalice de mí!».

Hay que recalcar que, como insiste la Centesimus Annus, desde este horizonte el Occidente reasumirá sus mejores energías y logros. No se trata, pues, de una alternativa meramente antitética sino superadora.

Pero si este insólito evangelio es difícil para los no pobres, más lo es para los propios pobres. El que internaliza la condición de marginado no puede sino marginar, el despreciado tiende a despreciar, quien tiene el corazón roto de tanto sufrir, si no vuelve sobre sí, reproduce en los que son como él el mecanismo que le ha destrozado de tanto dolor. Por eso a los de abajo propone Dios en primer lugar la buena nueva de la Navidad: «cuando el pobre crea en el pobre, ya podremos cantar libertad...»

Estos son nuestros deseos para esta Navidad venezolana. Y nuestra esperanza.